

De las canoras aves,
 Que con voces silaves
 Hacen á su Creador salva sonora,
 A vista de la aurora
 Doy las gracias á Dios, de que me había
 Dejado ver la luz del claro día,
 Mas sin dejar de ver la más amada
 Imagen que en la dócil fantasía
 El sueño me dejó tan bien copiada,
 Que borrarse no puede ya en la vida:
 Como cosa en el alma retratada,
 Y en todas sus potencias recibida.

Y si estarás ¡ay madre! en mi memoria,
 Que con dulces recuerdos te venera,
 Como estrella que luce en la alta gloria,
 Y mi amor que sin tí se considera,
 Te llora eternamente;
 Te llora ¡ay madre! para siempre ausente.

Sí, mi madre dichosa: mientras tu alma
 Con eterno laurel, gloriosa palma,
 Allá sobre los cielos se pasea,
 Mi turbio llanto enjuto
 En mi extenuado rostro jamás sea;
 Porque en tu hijo se vea
 Que te paga, aunque corto, este tributo.

RATOS TRISTES

Optima quaeque dies miseris mortalibus aevi
 Prima fugit, subeunt morbi, tristisque senectus,
 El labor, et durae rapit inclementia mortis.

VIRGILIO, "Aeneid."

DEDICATORIA.

Non haec ingenio, non haec componimus arte:
 Materia est propriis ingeniosa malis....

OVIDIO, Trist. Eleg. 5a., lib. 1o.

Informes versos míos,
 A cuya voz responden con sus ecos huecos,
 Los cóncavos peñascos, troncos huecos,
 Los altos montes, y los hondos ríos;
 Quedaos entre estos páramos sombríos,
 Que en las grandes ciudades
 No suena bien el tono querrelloso,
 Propio de las profundas soledades.
 Mas ¡ay! que vuestro acento lastimoso
 Traspasando los límites debidos,
 Penetra los oídos
 De un número de la tierra el más piadoso.
 Este, siendo una imagen expresiva
 Del Todopoderoso,

Os llama á su presencia:
Idos pues á cumplir con la obediencia,
Y sus plantas besad cuando os reciba.

Le encontraréis acaso
Elevando su mente
Sobre las altas cimas del Parnaso:
Hé el sabio presidente
De aquel excelso coro
La suave lira de oro
Pone en su sacra mano:
Y á las cuerdas sonoras
Como heridas de plectro soberano,
Siguen alegres Piérides canoras.

Paréceme escuchar la docta Olio
Inflamada de música tan rara,
Que en fuerza de su heróico poderío
El tiempo que pasó vuelve la cara,
Cantándole por tonos diferentes,
Y colocando en su feliz memoria
Los sucesos más grandes de la historia,
Empresas árduas de gloriosas gentes,
O las voces de Urania cuyo acento
Subiéndose hasta el alto firmamento,
Baja á sus ojos luego
Orbes bañados de luciente fuego,
Que rodando en sus ejes eternos,
Caminan por los campos celestiales,
O el canto de otra hermana de las nueve,
Que agitada tal vez con la armonía
Que el nuevo Apolo mueve,

Quiere seguir con pasos de garganta
Alguna sinfonía
Al compás que la música levanta.

Si le halláreis así tan divertido,
O en otros ejercicios destinado,
Agurdáos á que esté desocupado:
Y en tono reprimido
Decidle de mi parte (1)
Que os dispense las faltas en el arte,
Y adornos no docentes
Para sacar la cara
Entre las cultas gentes:
Vuestro lenguaje rudo,
Que jamás esperásteis el que hablara
Sino á las sordas peñas;
Porque mi ingenio al fin daros no pudo
Sino cosas pequeñas,
Según las facultades que tenía.

¡Ay! ¡pobres de mis versos!
Mas, si seguros vais de hados adversos,
Id, hijos de mi escasa fantasía,
Y del númen que os digo en los altares
Ofreceréis, primero que pesares,
El respeto y amor del que os envía.

(1) Esto que dije en un tiempo á la persona privada que aquí se entiende, digo también ahora á los que hubieren de leer mis "Ratos tristes."—A.

RATO PRIMERO.

MI FANTASIA.

Mortal hipocondría,
Que siento como daños
De mis molestos infelices años,
Enferma de mi musa la alegría,
Ya no, como solía,
Cantar de los pastores
Inocentes amores;
Ya no canta las simples zagalejas
Coronadas de flores
Tras de blancas ovejas,
Ya no canta ¡ay de mí! la "Doris" bella,
Ni la "Clori" serrana;
Esta grata, y aquella
Tan cruel como hermosísima tirana,
Ya le influye otra estrella;
Otra estrella de aspecto rigoroso,
Y mudada la alegre perspectiva
Del tiempo venturoso,
Los males llora de mi suerte esquiva,
¡Ay musa! ¡desgraciada musa mía!
Tras del alegre canto
Vaya tu triste llanto,
Al modo que la noche sigue al día.
Este alivio me dá en las ocasiones
Que la alma dolorida
Quiera llevar con menos aflicciones
Los "Ratos tristes" de mi amarga vida.

Así exclamaba, cuando
En éxtasi quedó mi fantasía;
Entonces parecióme que veía
Una deidad llorando;
Mi misma musa que invocado había,
Era su rostro ya marchito y feo,
Sin luz sus ojos, como amedrentados,
Al ruidoso tropel de mis cuidados,
Su cabellera ¡ay! blanca y sin aseos,
 Toda su contestura
A la corva figura
De la triste vejez muy semejante,
¡Qué aspecto tan extraño al que tenía!
Pone en mi mano un lúgubre instrumento,
Unísono al que pulsa la Elegía,
De ébano negro; y en el mismo instante
Me echa sus brazos, y con raudó vuelo
Por los vientos se sube
Hasta entrarse en el seno de una nube
Que le sirvió como de obscuro velo.
Del letargo volví; pero agitados
Como de un grave ensueño mis sentidos,
Levanto hasta los cielos mis gemidos,
En lágrimas los ojos empapados.

RATO II.

EL DESTINO.

En vano me resisto á la fortuna,
Que me arrastra ¡ay dolor! en cualquier caso
La polerosa diestra del destino,
Desde mi alegre cuna

Hasta las tristes sombras de mi ocaso,
A mis pasos señala su camino.
Luego que esto imagino,
¡Oh númen soberano!
Parece que me toma de la mano
Una ciega deidad; mi propia suerte,
Que tropezando en diferentes males,
Me lleva por los rumbos de la muerte
Hasta tocar las puertas eternas.

Deidad tan melancólica y sombría,
De mi confusa idea
Como de cueva lóbrega salía;
Pero una luz que en la alma centellea,
Hija graciosa del autor del día,
Disipa noche tanta.
Ya veo una mano santa,
Que leyes imponiendo á mi camino
Me dirige al alcázar de la gloria....
¡Oh, celestial mansión de mi destino!
Que al salir de esta vida transitoria,
Se presenten abiertas
A mi alma pobrecilla vuestras puertas.

RATO III.

LA PERSECUCION.

Mira, Clori, este campo, cuyas flores
Me pintan aquel prado,
Dó alguna vez hlogóme tu hermosura
Con sus blandos amores.
En tus sabrosas faldas recostado

Vióme la aurora pura
Juntar con el recato la ternura.
¡Dichosa! ¡ay! sí, ¡dichosa la mañana,
Que en este instante ocupa mi memoria!
Entonces mi fortuna voló ufana,
Y llevóme á lo excelso de tu gloria.

Paréceme actualmente
Que de claveles, azucenas, rosas,
Estoy ciñendo tu nevada frente....
¿Te acuerdas? ¡ay! ¿te acuerdas de estas cosas?
Yo me acuerdo que entonces penetrada
De mis tiernos amores,
Desataste una cinta colorada
A tu rojo cabello,
Y trenzando con ella hermosas flores,
Tejiste un lazo, y me adornaste el cuello.
¡Oh, qué lejos que fueron de dó estamos
Estas suaves fruiciones!
De tus países ¡ay Clori! nos privamos
Por grandes enemigas turbaciones,
Que declararon guerra
A la amistad más dulce y más sencilla.
¡Ay, pobre serranilla!
¿Y cuándo volveremos á tu tierra?

RATO IV.

MI SOLEDAD.

Extendiendo la vista por el prado,
Mientras que mi tormento
Arranca de mi pecho fatigado
Suspiros con qué hiero el firmamento,

Tal vez me ofrece asiento
En quieta soledad bosque sombrío;
Tal vez del claro río
La ruidosa corriente
A su orilla me dice que me sienta.
Aquí del llanto mío
Son confidentes mudos
Groseros troncos y peñascos rudos,
Pues con ellos, no obstante su dureza,
Parece que se alivia mi tristeza.

No por esto me nombres,
¡Oh Zoilo! aquel filósofo de Atenas (1)
Sepultado en desiertas soledades;
Yo no soy enemigo de los hombres,
Y sólo por mis penas
Antepongo el retiro á las ciudades.
Y aunque entre muchos de ellos me imagino
Como entre hambrientos lobos mansa oveja,
De nadie formo queja,
Porque así lo dispone mi destino.

RATO V.

LA INGRATITUD.

Esta es la misma fuente
A cuya suave trasparente linfa
Su blanco cuerpo mi adorada ninfa
Daba, del año en la estación ardiente.

(1) Timon el misántropo.—A.

El escamoso dios de la corriente
Por entre aquellos verdes carrizales
Se asomaba, según me persuadía
El cuidadoso amor que le tenía.

Una ocasión salió de los cristales,
Y en las verdes orillas
Brindándonos las tiernas florecillas
La más pintada alfombra,
Y frescos sauces su agradable sombra,
En brazos de mi dueño
Sus blandas alas extendióme el sueño.

Agitada de amor la fantasía,
Veo que del alto cielo
Desciende la alma Vénus que traía,
En los brazos á su hijo pequeñuelo,
Del éter iluminase el espacio,
Como cuando la aurora
Se asoma en el palacio
Del rubio oriente, y la mañana dora:
Llegóse la deidad resplandeciente,
Las manos extendió su tierno infante,
Y con cadena de oro refulgente
Al albo cuello de mi ninfa amante
Unióme en el instante:
¡Oh dicha sin igual, que la firmeza
A mi amor prometía
De una grande belleza!
La visión lisonjeándome seguía;
Pero el gusto, que en el alma no cabía,
Del rapto me volvió, dando á mi dueño
Razón entera de tan dulce sueño.

Luego el cariño se asomó á sus ojos,
Y su gracia hechicera
Brilló, riendo por sus labios rojos.
¿Quién con estos pronósticos temiera

En un pecho mudanza?
Mas ¡ay! que puso fin á mi esperanza
La ingratitude más fiera.
Sí, Fileno, sí, amigo: y la memoria
De éstos ¡ay! dichosísimos lugares,
Suscita mis pesares,
Haciéndome pagar aquella gloria,
Que hoy transforma mis ojos en dos mares.

RATO VI.

MI ORFANDAD.

Seis lustros ha que ví la lumbre pura;
Y en espacios tan breves,
De infortunios sufrí golpes fatales.
Lleváronse á la horrenda sepultura
A mi padre ¡ay de mí! parcas alevés,
Mejor que por sus años por sus males,
Cuando cuarenta auroras no cabales
Eran toda mi edad... Tú, madre mía,
Hechos tus ojos tristes manantiales,
Me contaste esto mismo en algún día:
Que pidióme mi padre moribundo,
Y con débiles brazos
Me dió los tiernos últimos abrazos:
Que partióse por último del mundo,

Dejándome su llanto en rostro tierno
Dulces reliquias del amor paterno.

Parece ¡ay padre amado!
Que á la tristísima hora de tu muerte
Llorabas mi orfandad, más que tu vida,
¡Oh, si crecido hubiera yo á tu lado!
Entonces, de la suerte
Que estorba la caída
Al pequeñuelo arbusto
El árbol de la selva más robusto,
De la misma manera sostenido,
Contra el recio huracán de mi fortuna,
De una caída importuna
Con tus brazos me hubieras defendido...
En mi lúgubre idea,
De la brillante imagen de mi padre
Un rayo centellea
Así me lo pintó mi dulce madre.
Mi dulce madre... sí. Tampoco existe
Con su esposo bajó al sepulcro triste,
¿Quién llorara, cual debe, estos asuntos!...
De mis padres fragmentos venerables,
Que ocupáis la región de los difuntos,
Para siempre durables

Seréis en mi memoria:
Y aunque están cual luceros en la gloria
Las almas inmortales
Que os inspiraban el vital aliento,
Mis ojos han de ser dos manantiales,
Que lloren vuestro triste apartamiento.

RATO VII.

LA FUGA.

Estos los bosques son muy venturosos
Dó azorada se entró mi pastorcilla;
Huyendo de los hados rigurosos,
Esta la pobrecilla •
Cabaña de humildísimos pastores
Que la hospedó contenta,
Salve, lugar feliz, que en la tormenta
Que turba todo el mar de mis amores,
Vuestra fecunda afortunada orilla,
Como seguro puerto
Se ofrece á mi agitada navecilla
Salve mil veces, delicioso huerto
Y de frutos sazones y abundantes
Os colme el alto cielo:
El verdor se eternice en vuestro suelo,
Y la paz en sus buenos habitantes.

¡Tristes memorias! ¡ay! bosques espesos
De fértiles perales,
Y abundosos camuesos...
Entre estos verdes árboles frutales
Habitaba la dulce Clori mía.
No me acordéis, oh ninfas cariñosas,
Vosotras, que escuchásteis tanto día
Nuestra ternura en pláticas sabrosas.
No me acordéis ninguna de sus cosas.
No, ninfas, me acordéis cuando sacaba

De su oloroso seno
Las manzanas maduras que cortaba
De vuestro bosque ameno,
Y al echarle los brazos me las daba.
No me acordéis, oh ninfas, tanta gloria;
Ni otros oficios tiernos,
Que en mi triste memoria,
Como de tanto amor, serán eternos,
Ni menos aquel trance, el más penoso,
En que, estando de lágrimas bañada,
Para su cara patria la jornada
Empezaba con paso temeroso.
Todo lo tengo, oh ninfas, muy presente:
Todo lo tengo en la memoria mía.
Decidme sólo ¿no sabéis el día,
En que asomé su cara refulgente,
Como la aurora pura,
Tras de la noche obscura,
Tras de la noche eterna de su ausencia?
Remedio no halla mi mortal dolencia.

RATO VIII.

LA TERMINACION DE MIS GUSTOS.

Voime por la ribera
De este aunque pobre, pero alegre río,
Que entre sauces y fresnos levantados
Su corriente purísima acelera.
¡Oh, y cómo trae al pensamiento mío
Los gustos que del tiempo arrebatados
Pusieron término á la edad florida!

Siéntome á divertir con las memorias
De mis pasadas glorias,
Ya que otras no le quedan á mi vida:
Aquí entre la amenísima espesura
Con Mopso.... ¡oh! ¡si Él me viera
Tan otro de lo que era,
Penetrado quedara de ternura!
Aquí con Mopso estuve
En distintas alegres ocasiones
Que hasta entonces no tuve,
Ni me permiten ya mis aficciones.
Ambos con nuestras blandas jovencillas,
Hermosas como honestas,
Pasábamos aquí muy dulces siestas.
Ofreciánnos los huertos florecillas
Con que adornar sus frentes,
Y con que ellas guirnaldas nos tejían.
Entonces parecíanos que venían
De los vecinos bosques y la fuentes
Los dioses y las ninfas diligentes,
Y encendidos de amores se volvían.
¡Ay Mopso! ¡Mopso! qué contraria escena
En el teatro se ve de nuestros gustos;
La soledad amena
No ofrece al corazón si no disgustos.
Hoy sólo en compañía
Del sin igual tiernísimo Fileno,
Unico amigo bueno,
Que siente cómo tú la pena mía,
A este lugar consagro algunos ratos,
Y en amargos tristísimos despojos,

Cuantos placeres nos brindaba gratos
Le pagan las dos niñas de mis ojos.

RATO IX.

LA AUSENCIA.

Silenciosos y plácidos retiros
De quieta soledad: seno profundo
Que ofreces libertad á mis suspiros
Escapados del tráfago del mundo:
Dó arrimado tal vez á un tronco seco,
O á una peña lamosa,
A mi Rórida llamo ninfa hermosa,
Y á la doliente voz responde el eco
Del hondo valle y la empinada sierra.
¡Ay Rórida! te fuiste:
Te fuiste me dejando sólo y triste,
Sin la luz de tus ojos á tu tierra.
Ahora te me presentas
En el instante mismo en que te ausentas
Por la fuerza del hado,
Cuyo brazo de cóleras armado
De mi lado te arranca de repente.
¡Ay! no quieras estar ya más ausente:
Vente á los brazos míos:
No tu amor se amedrente
De ásperos montes, bramadores ríos.
La escarcha de los rígidos inviernos
No ofenda rigurosa,
Quiéralo el cielo, tus piecitos tiernos:
Ni del sol ¡ay! la llama calorosa

Ennegrezca el color á tus mejillas,
Amor de los zagales,
Y envidia de las otras pastorcillas.
Anda, Rórida mía,
Y á tu vista dispense mis males.
¿Llegas, Rórida? ¡ay triste! si mi empeño
Delirios me ocasiona, como el sueño,
Que se imprime en la débil fantasía,
¡Oh cuánto tiempo falta para verte!
Oh cielo que me escuchas, cielo santo,
Si de Rórida ausente.... Si la muerte....
Lo que empezó la voz, prosiga el llanto.

Así un pastor con penetrante queja
La soledad de un bosque lastimaba:
Y yo, que lo escuchaba,
Reproduje su ausente zagaleja.
Y como cuerda herida,
Templada por el tono en que él lloraba,
En mi llanto su voz fué repetida.

RATO X.

LA ESPERANZA.

Nosotros ¡ay! nosotros no nacimos,
Fileno desgraciado,
Cuando influyen benignas las estrellas,
Luego que de la luz los rayos vimos,
Yo me creo que irritado
El cielo fulminó muchas centellas,
Agiero que suscita las querellas
Y los grandes enojos,

Y que lloran sin término los ojos,
Por esto la desgracia macilenta
De nuestra propia sangre se sustentará,
Y los negros cuidados
Sin aliento nos dejan
De toda nuestra vida apoderados.
¡Ay, Fileno! y al modo que se alejan
Los dulces ruiseñores
De campos que producen sólo espinas,
En busca de otros de agraciadas flores:
Así las dulces dichas, si examinas
Este punto, verás que de nosotros
Huyen en busca de otros
De alegres y festivos corazones,
¡Ay! ¡por cuántas razones!
Me quejo de salud tan extenuado!
Mírame cómo estoy, Fileno amado,
¿No te dá compasión ver que los males
Sólo huesos y piel me hayan dejado?
Ya los tristes umbrales
De la espantosa muerte
Toca mi vida: entonces de la suerte
Que en la noche descansa del trabajo
El que peso llevó de un largo día.
Así espero el estar cuando debajo
Esté durmiendo de la tierra fría;
Hasta que recordando
A la voz del que es todopoderoso
Salga de mi sepulero tenebroso
Para estarle alabando
Y gozar de su reino delicioso.

Fobres de nos, Fileno,
Si el premio á tantas penas que pasamos,
Nos aguardara á nuestro ánimo sereno
Más allá de ese globo que miramos.

RATO XI.

EL AMOR EXTINGUIDO.

Cuando acá en mi memoria te presentas
Con todos los hechizos de tu cara,
¡Ay Dóris! ¡cosa rara!
La ya ceniza de mi amor alientas.
¡Influjo poderoso
Por secreta virtud de tu semblante!
El sol no tiene fuego semejante,
Doris, al de tu rostro milagroso.
No perturbes ¡ay Doris! mi sosiego,
La noche de tu ausencia oscura y fría,
Me ponga á salvo de tu ardiente fuego.
¿No te ablanda el dolor de la alma mía,
Que tu ingrata beldad ausente adora?
¡Doris cruel! parece
Que á mis ruegos te exaltas, según crece
De tus ojos la lumbre abrasadora.
Amor, tirano amor, así me inflamas,
Y mis huesos cual leños á las llamas,
Me hacen sentir del tártaro las penas.
Muévante mis gemidos,
Que cual volcán que arroja
Peñascos encendidos,
Lanzo al impulso de mortal congoja.

Así en la ardiente juventud sentía
Del amor los excesos;
Mas ya con la edad fría
El calor se retira de mis huesos.
¡Triste señal de mi postrero día!

RATO XII.

EL REMORDIMIENTO.

¿A qué parte me iré que no me siga
Tu sombra asustadora,
De mi tranquila paz siempre enemiga?
Si de amor en la llama abrasadora
Peligró tu virtud, ¿á qué violencia
De nuestra edad fogosa
Temeraria se queja tu inocencia?
Apíadate de mí, muchacha tierna,
Porque te dice mal ser rigurosa.
Esta corriente eterna
Que se desprende de mis turbios ojos,
Borre ya de tu ceño los enojos.
¡Ay, dura Clori! ¡Clori! inexorable!
¿Aun me viene siguiendo,
Como de cuerpo sombra inseparable,
La fiera imagen de tu enojo horrendo?
En vano dejo mi rincón obscuro,
Buscando alegres y floridos prados:
Y en vano ¡ay Clori! tu favor procuro
Con tristes ojos de llorar cansados.